

MARIANA GUARINONI

La
ADELANTADA
de los
MARES
del SUR



LA ADELANTADA DE LOS MARES DEL SUR

Mariana Guarinoni

Diseño de portada e interior: Donagh I Matulich

La Adelantada de los Mares del Sur

Mariana Guarinoni

1.ª edición: octubre, 2016

© 2016 by Mariana Guarinoni

© Ediciones B Argentina S.A., 2016

Av. Paseo Colón 221, piso 6

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

www.edicionesb.com.ar

ISBN DIGITAL: 978-950-15-6177-7

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A Leo, el alma de mi inspiración.

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

Epílogo

Palabras finales de la autora

Agradecimientos

1

*Junio de 1590.
Lima, Ciudad de los Reyes,
colonias españolas en las Indias Occidentales.*

El tintineo de las pulseras esclavas de oro al entrecrocarse alrededor de la muñeca cuando movió el abanico acompañó su risa. Ysabel de Barreto estaba contenta, disfrutaba de esas veladas en el salón de música del palacio virreinal mucho más que de las aburridas tertulias en los aposentos de la virreina. Uno de los caballeros frente a ella alzó la barbilla orgulloso de haberla hecho reír, mientras los otros dos no lograban ocultar los celos. Era una de las damas más codiciadas de la corte limeña. Una singular belleza y la fama de una cuantiosa dote la convertían en una tentadora presa.

Una suave tos detrás de ella le llamó la atención e Ysabel se volvió para descubrir a su hermana menor.

—Ven, querida —le dijo con una sonrisa, y tomándola de la mano la ubicó a su lado en el círculo de admiradores que la rodeaba—. Caballeros, mi hermana: doña Marina de Barreto. Hace poco dejó de pertenecer a las meninas de la virreina y ahora la tenemos entre las damas.

La joven se ruborizó ante los tres pares de ojos que la recorrían con interés después de las reverencias. No le gustaba ser objeto de estudio de los caballeros. Con apenas quince años todavía prefería la tranquilidad de las tardes entre las damas de compañía. El intercambio de risas y miradas seductoras con el otro sexo eran la especialidad de Ysabel, que ya había cumplido los veintidós, y disfrutaba con ello. Aunque habían llegado juntas de la España a comienzos de ese año en el séquito de doña Teresa de Castro, esposa del virrey García Hurtado de Mendoza, solo la mayor de las hermanas disfrutaba de los coqueteos habituales en la corte. La menor los evitaba.

—Ahora su hermanita podrá recrearse de estos conciertos de laúd, doña Ysabel, y quizás un día deleitarnos también ella, como suele hacer vuesa merced. Nos encantaría escuchar las melodías a dúo ejecutadas por tan adorables manos, doña Marina.

Con las mejillas ardiendo, la joven inclinó la cabeza, aterrorizada por la idea de tocar un instrumento en una sala llena de extraños.

—Solo si la virreina me obliga a ello, señor —respondió, en el límite de la descortesía—. Prefiero escuchar las interpretaciones de estos músicos maravillosos, como ahora —dijo, y enseguida se dirigió a su hermana—: Lamento interrumpir la charla, Ysabel, pero la virreina solicita tu presencia.

—Oh, ¿ahora? Me estaba divirtiendo con las historias de estos galantes nobles.

—Sí, ahora mismo; doña Teresa me ha enviado por ti —insistió Marina.

—Lo siento, caballeros, deberán excusar mi abandono —exclamó compungida al cerrar el abanico con un diestro golpe de muñeca—, aunque los dejo en encantadora compañía.

A Ysabel no le preocupó el sufrimiento por el que pasaría su tímida hermana al encontrarse única dueña de la atención de esos hidalgos. Enfrentar esa situación sería parte del aprendizaje sobre la vida en la corte: el primer paso para conseguir un marido apropiado. Para eso habían viajado ambas hasta allí, enviadas desde Galicia, junto con gruesas dotes que don Francisco de Barreto entregó al virrey para que casara a sus hijas con personajes encumbrados en el Nuevo Mundo.

Antes de marcharse, Ysabel regaló al grupo que la rodeaba una amplia sonrisa y no tuvo dudas de que todas las miradas la seguían cuando se alejó con un majestuoso vaivén de la anchísima falda de seda rosada que, gracias al verdugado, triplicaba sus caderas. Estaba acostumbrada a las nubes de admiración que la envolvían. Su belleza provocaba la curiosidad de quienes la descubrían, y el poder de su personalidad hechizaba a quienes la conocían. La forma de corazón del rostro destacaba los pómulos redondeados y permitía apreciar la fuerza de unos llamativos ojos marrones claros. Eran muy grandes, con un suave tono acaramelado y de una transparencia especial, bien separados por una ancha nariz, y enmarcados por unas arqueadas cejas negras, tan oscuras como el cabello. Coronando el mentón en suave pico, los labios rosados que sobresalían hacia adelante contrastaban con la piel casi transparente. El conjunto creaba un cautivante efecto. Aunque vestía siempre de manera recatada, le gustaba llamar la atención y no se esforzaba por ocultar unas generosas curvas, tan en boga. Su simpatía, además, la había convertido en la dama favorita de la virreina.

Se dirigió al centro del salón, donde doña Teresa descansaba en un sillón dorado y tomaba una masa cubierta con miel de una de las muchas bandejas de plata repletas de confituras y frutas escarchadas ubicadas a su lado. En la flota que llevara al virrey y su esposa desde la España a la Ciudad de los Reyes, además de las quinientas personas que los acompañaban, viajaron también exquisitos muebles, obras de arte y adornos que transformaron al palacio en una verdadera corte. Sillones de terciopelo y brocato labrado, alfombras persas y tapices de Flandes invadieron cada rincón. Cientos de velas en lujosos candelabros de plata se encendían a toda hora para destacar la opulencia de las molduras labradas en los salones. Doña Teresa mandó a decorar cada ambiente a su gusto, destinando varios espacios a la diversión: había salas de música, de pintura y de baile. Y junto con los instrumentos llegaron también músicos para ejecutarlos. El concierto de laúdes que se escuchaba cada tarde creaba un clima digno de la más alta nobleza española en ese alejado rincón del mundo. Ysabel esperaba ansiosa el baile de máscaras que se celebraría la semana siguiente, pero hasta entonces se conformaba con seguir en el interior de su cabeza el suave ritmo que los rodeaba.

—Excelencia —dijo Ysabel, y se inclinó frente a la dama.

—Pide que traigan una silla y siéntate a mi lado, Ysabel —ordenó la virreina.

Cuando ya estuvo ubicada esperó, como marcaba el protocolo, y mientras lo hacía observó con admiración la enorme cruz de oro con rubíes y perlas incrustados que descansaba sobre el pecho de la dama. Ansiaba poder lucir alhajas tan bellas y valiosas como esa algún día. Tras dar cuenta de la masa azucarada que sostenía entre los enjoyados dedos, doña Teresa los enjuagó en un cuenco de plata puesto a su alcance para ese fin y se secó en un delicado paño de lino bordado con el escudo de armas de su marido, que además de virrey de esa región poseía el título de marqués de Cañete. Al finalizar, la marquesa tomó una mano de Ysabel entre las suyas y bajando la voz para dar un tono íntimo a sus palabras dijo:

—No te sorprendas cuando escuches lo que tengo para decir, y haz que tu bello rostro finja que solo cotilleamos. No quiero que el virrey perciba que te estoy contando esto, pero creo que debes aprovechar y verlo mientras todavía está aquí. Míralo.

—No comprendo, excelencia. ¿A quién debo mirar?

—Al caballero de traje carmesí y dorado que está en el grupo junto a los ventanales que dan al patio de clavelinas. Abre tu abanico y fíjate con discreción.

Ysabel espía hacia donde se le indicaba. Vio a dos hombres de mediana edad vestidos de oscuro y a otro mayor que ellos, con los colores señalados. Era alto y robusto, y se paraba muy erguido. La cabeza descubierta mostraba unos ralos cabellos grises peinados con prolijidad en una coleta; mientras la barba plateada descansaba en una amplia gorguera de encaje, el bigote del mismo tono terminaba en dos puntas filosas que se curvaban sobre las mejillas. El exquisito atuendo de terciopelo revelaba poder y fortuna. Dedujo que el hombre había sido atractivo en la juventud, pero sin duda la doblaba en edad y hasta podría ser su abuelo. No le sorprendió no haberlo visto antes en las veladas palaciegas: muchos caballeros españoles dueños de encomiendas en las montañas fuera de la ciudad solo asistían en esporádicas ocasiones a la corte.

Sintió cómo se aceleraban sus pulsaciones. Era la primera vez que la virreina le hablaba de un candidato en particular. Las conversaciones sobre un posible galán siempre habían sido superficiales: que el virrey estaba en la búsqueda de un noble rico y gallardo para ella, dueño de una posición encumbrada, pero sin mencionar nombres ni mucho menos señalar a alguien. Ahora doña Teresa le estaba mostrando a un hombre de carne y hueso. ¿Sería el elegido para ella?

—Sé que no tengo derecho a opinar sobre mi futuro y acataré cualquier decisión del virrey —dijo intentando mostrarse sumisa—, pero me gustaría saber: ¿el caballero es tan importante como lo sugieren sus vestimentas?

—Sí, querida mía, es un destacado descubridor de tierras lejanas, y pronto será poderoso también. El rey lo ha nombrado Adelantado y Gobernador de los Mares del Sur —explicó la virreina con una sonrisa—, su autoridad alcanzará todas las tierras que conquiste en su próxima expedición.

—¿En aquellas lejanas aguas?

—Sí, son tierras muy ansiadas por Su Majestad. Estas Indias Occidentales no contienen las riquezas que él esperaba. No hay especias.

—Pero, ¿y la plata y el oro de las minas? ¿Las gemas de Nueva Granada?

—No son suficientes, por eso el rey insiste en conquistar territorios en las Indias Orientales y las islas del Mar del Sur. Allí es donde crecen la pimienta, el clavo de olor, la canela y otras invaluables especias, imprescindibles para preparar curaciones, y muy caras. Y esa empresa depende de ese hombre —finalizó señalando al anciano con la cabeza.

Ysabel abrió la boca en un gesto de sorpresa y dirigió la vista hacia él con creciente interés. Aunque le disgustaba la idea de casarse con alguien tan mayor, ansiaba alcanzar una boda ventajosa, y esa sin duda podría serlo.

—¿Cuál es la gracia del caballero?

—Don Álvaro de Mendaña y Neyra. Hace muchos años recorrió los Mares del Sur y descubrió las islas Salomón, a las que llamó así por sus grandes riquezas. No pudo establecer un fuerte debido a la agresividad de los nativos. Ahora planea regresar con mejores armamentos para colonizar el lugar, y será dueño de todo lo que encuentre, descontando el quinto para el rey, por supuesto.

—¿Está presto a partir?

—Ahí es donde entras tú en la historia: la expedición es muy costosa, y aunque Mendaña ha invertido una inmensa fortuna en ella, no es suficiente. Necesitará sumar tu dote para concretarla. El virrey cree que esta boda será una alianza ventajosa para todos: cumple con el encargo de tu padre, y también con su amigo al apoyarlo en este viaje.

Ysabel alzó las cejas ante esa información. Saber que su dote era imprescindible para semejante hazaña le otorgaba una sensación poderosa. Aunque una vez casada el dinero pasase a pertenecer a su marido, la aventura conquistadora podría lograrse gracias a ella.

Todavía estaba pensando en eso cuando la sorprendió uno de los caballeros que abandonara un rato antes, agachándose frente a ellas en teatral gesto.

—Querida Teresa..., perdón, aquí en el salón debo llamarte de manera formal: excelencia, ¿me permites privarte de la compañía de esta encantadora dama? Me robaste a doña Ysabel hace un rato, y quisiera concluir la charla sobre música que estábamos teniendo —dijo el agraciado joven a la virreina.

—Puedes llevarla, Beltrán, y te recuerdo que debes comportarte como un caballero con doña Ysabel.

—Ay, hermana, ¿desde cuándo actúas de chaperona de tus damas? Eso está por debajo de tu ilustre cargo —respondió intentando sonar

jovial, pero molesto por la orden.

—No me rebajo por cuidar a mis muchachas, lo hago con gusto y por precaución. Ysabel es mi más bella dama de honor y sin duda una tentación para ti, pero mantente lejos de sus faldas. Mi marido tiene planes para ella que no te incluyen, Beltrán —le dijo con seriedad, y dirigiéndose a la joven agregó—: Y tú, no permitas que te seduzca, Ysabel. Mi incorregible hermano tiene un reguero de hijos bastardos en la España. No creo que sea necesario recordarte lo que está en juego si dejas que se te acerque, querida.

—Sí, excelencia —atinó a decir con el rostro enrojecido.

Segura de no ser desobedecida y convencida del candor virginal de su pupila, la virreina hizo un gesto con la mano para despedirlos. De inmediato Beltrán ofreció la palma a Ysabel, quien apoyó allí los dedos con gracia y se dejó conducir por el salón hasta detrás de una columna, que los cobijó de las miradas impertinentes.

—Hiciste mal en exponernos de ese modo delante de tu hermana —lo retó en cuanto estuvieron fuera del alcance de oídos indiscretos.

—Es que te extraño demasiado, mi querida —respondió acariciándole con la mirada el escote, apenas cubierto por un velo de organza—. Anhele nuestros encuentros, echo de menos tus besos, Ysabel. ¿Cuándo podré visitarte otra vez?

—Ya no podrás hacerlo, Beltrán, debo cuidar mi reputación. Sabes que mi obligación es acatar la voluntad de mi padre y casarme con un noble de alcurnia y fortuna que enaltezca a mi familia. No vamos a encontrarnos más a solas.

—No entiendo por qué has cambiado de opinión. Desde que aceptaste mis visitas nos ocultamos con afán, nadie se ha enterado de ello, te lo aseguro. No hay chismes que incluyan tu nombre en el palacio. Eres la dama más casta y codiciada de esta corte. Vamos, Ysabel, no me castigues retirándome tus atenciones. Seremos cuidadosos en nuestros juegos amorosos, te lo prometo, y tu virtud seguirá intacta, como hasta ahora.

Ysabel se fijó en la pícara mirada de ojos negros que brillaban al suplicar por su amor, y en esos sensuales labios que prometían una visita especial. Sabía que Beltrán de la Cueva tenía fama de mujeriego y que carecía de fortuna propia, vivía gracias a la generosidad de su cuñado, el virrey. Distaba mucho del candidato ideal al que ella aspiraba, pero se sentía atraída por él. La hacía reír y sus besos le provocaban un extra-

ño cosquilleo en todo el cuerpo. Por eso le había permitido avanzar con las caricias: disfrutaba de ellas. La lengua de él le había quemado el cuello y los pechos hasta hacerla jadear. Sus dedos la habían recorrido, aunque él se había conformado con lo que ella le ofrecía y había respetado el límite de su virginidad.

Pensando en la cálida sensación que le regalaban esos encuentros, decidió no suspenderlos. Con una sugerente mirada a través de sus largas pestañas entornadas le dijo:

—Te esperaré después de que termine el concierto. Quitaré la traba a la puerta del pasadizo secreto que llega a mi alcoba, pero ten mucho cuidado y no hagas ruido. No quiero levantar sospechas entre las damas de las habitaciones cercanas.

—Por supuesto, mi querida —respondió llevando una mano de ella a la boca en un anticipo de la intimidad que vendría después, pero Ysabel se escapó de entre sus dedos.

—No, Beltrán, evitemos generar rumores. No quiero enfadar a tu hermana. Además de deberle obediencia, admiro a la virreina.

—¿La admiras? —preguntó con genuina sorpresa—. ¿Por qué? Teresa no es especial, solo se casó con un hombre poderoso. Ella debería admirarte a ti, por tu belleza, mi cautivante Ysabel.

—No, mi belleza se acabará algún día, como desaparecieron la de mi madre y la de mi abuela. Una mujer debe ser algo más que bella para perdurar en el tiempo. Tu hermana pasará a la historia como la primera virreina de estas tierras, y ¡hasta tiene un pueblo con su propio nombre, no con el de su marido! Castrovirreina existe, es una realidad, yo misma la acompañé y la vi caminar sobre los lingotes de plata que cubrían las calles en su homenaje. La admiro por haber conseguido tal honor. ¡Y yo quiero lo mismo, Beltrán!

Ysabel se refería a un hecho ocurrido poco después de la llegada de ambas a Lima: un nativo inca se había presentado en el patio del palacio con varias llamas cargadas con lingotes de plata como ofrenda para pedirle a la virreina que amadrinara en la fe católica a su hija recién nacida. Ella aceptó, sorprendida por semejante agasajo e insistió en hacerlo en persona, en vez de enviar a alguien que la representase. Así, unas semanas después partió hacia las montañas junto con un gran séquito: tres capellanes, un oidor de la Audiencia limeña, una decena de hidalgos, cincuenta soldados y media docena de sus damas, entre las que estaba Ysabel. Al llegar al rústico pueblo indígena todos se sorprendieron por el camino que lingotes de plata que llegaba a la puerta

de la choza, preparado para mantener los pies de la virreina lejos de la tierra. Ante el descubrimiento de tal riqueza, tras la ceremonia bautismal de la niña se procedió a la creación de un nuevo poblado español para explotar las minas de plata de ese lugar en nombre del rey, y en homenaje a la soberana allí presente lo llamaron Castrovirreina. Ysabel había regresado maravillada por tanta opulencia.

—¿Quieres un pueblo llamado Barretovirreina? —le soltó Beltrán con una mueca burlona.

—¿Por qué no? ¿Crees que no lo merezco? —exclamó golpeándolo con suavidad en el antebrazo con el abanico cerrado, en fingido enojo.

—Por el contrario, mereces mucho más que eso. No deberías conformarte con un poblado, eres digna de un continente —dijo volviendo a fijar la mirada en el generoso escote y relamiéndose los labios con intención.

—Te estás mofando de mí. Pero ya lo verás: tendré mi propia ciudad, o una isla quizás. ¿Quién sabe? He escuchado que todavía hay mucho territorio por descubrir más allá del océano.

—No seas ilusa, Ysabel: las mujeres no participan en expediciones de conquista. Solo los hombres parten en barcos hacia aguas desconocidas.

—Que ninguna lo haya hecho hasta ahora no quiere decir que sea imposible. Si yo fuera la primera conquistadora, las tierras que descubriese podrían llevar mi nombre.

—Ignoraba el tamaño de tu ambición, mi querida.

—Hay mucho de mí que no sabes, Beltrán. Solo te he permitido descubrir algunos secretos de mi cuerpo; no eres dueño de lo que esconden mi alma y mi mente.

—Pero me encantaría conocerlo todo —concluyó con una lasciva mirada mientras se inclinaba frente a ella—, espérame con poca ropa en un rato.

Ysabel sonrió en silencio. Beltrán resultaba encantador, pero era demasiado limitado. Le faltaba fuerza a su espíritu, carecía de empuje. Se conformaba con ser una figura decorativa en la corte de su cuñado. Ella, en cambio, desbordaba de anhelos. La codicia de su padre la había llevado a recorrer medio mundo hacia esas tierras salvajes. El afán de grandeza que brotaba de su propia alma podía impulsarla más lejos aún. Una idea empezaba a tomar forma dentro de Ysabel de Barreto: quería ser la primera mujer en transitar hacia lo desconocido. Y ese an-

ciano caballero que le señalara la virreina podría representar la llave para abrir la puerta de ese nuevo mundo.